

así por su ministerio como por su gran riqueza en el espíritu dominante en la sociedad mexicana, era una rémora poderosa para los adelantos que demanda una época positivista: que con estos grandes elementos, él era una potencia colocada frente á frente de la administración pública, y muchas veces más fuerte que ésta: que viniendo al gobierno, inclinaba casi siempre la balanza política por el extremo propicio de sus ideas añejas; que nada era más conveniente, como destruirle, quitándole sus principales armas, esto es, el cúmulo de caudales amortizados entre sus manos; y por último, que haciéndolos circular en las de todas las clases, se crearían intereses permanentes en favor de un orden determinado de cosas, se pondría fin á la revolución, y se abriría el suspirado templo de la paz.

Pues hé aquí que el pensamiento que se creía ó se aparentaba creer tan fecundo en prosperidades, está realizado acaso en términos más avanzados que en los que se concibió: las riquezas se encuentran desamortizadas, si bien no han formado el patrimonio de la Nación, sino el de un pequeño número de procaces avarientos; el Clero se vé ya vilipendiado y en la mayor humillación; los adjudicatarios en el pleno goce de su presa, y..... señores, ¿qué ha sucedido? ¿Se han remediado los males, ó siquiera ha podido adquirirse la esperanza de remediarlos? Los acontecimientos están frescos, para qué necesidad de recordarlos: lo que ha sucedido es, que si en verdad se crearon intereses bastardos en un menguado círculo de personas, se lastimaron más profundamente los muy legítimos de que el resto de los mexicanos estaba en pacífica posesión; se hirió el sentimiento nacional, y con la magnificencia de su antiguo culto; que de esta manera, mientras se logra conquistar la amistad de uno, se tuvo el deplorable tacto de concitarse el odio encarnizado de mil; que en consecuencia se avivó más y más la llama devoradora de las discordias intestinas; que el imperio de la anarquía se extendió sin ningún embozo por todas partes, y en todas las cosas, en las autoridades lo mismo que en los súbditos, en las ideas políticas lo mismo que en las opiniones morales; que las propias leyes que constituyen el Código de la Reforma, fueron la más flagrante transgresión de la Carta fatídica de 857, en que como todos saben, se dió el más amplio desarrollo á los principios que forman la idolatría de los demagogos republicanos, y en una palabra, que fué preciso relegarla al olvido y al desprecio, para atender á las exigencias de una revolución inextinguible, que cada día se presentaba bajo dimensiones más imponentes.

En vista de lo expuesto, señores; de los dolorosos desengaños que nos presentan ocho lustros consumidos exclusivamente en estériles luchas; de que por fruto de nuestras locas teorías sólo hemos recogido la depravación de un pueblo antes morigerado, la miseria de un país antes opulento, la desmembración de un territorio antes extensísimo y el escarnio de las naciones que antes nos respetaban; ¿habrá un sólo hombre, entre los propios y los extraños,

que crea en la eficacia de nuestras constituciones, y que se persuada que siguiendo por la misma senda de las utopías republicanas, hubiéramos de lograr, entregados á nuestros propios esfuerzos, el bien inapreciable de nuestra definitiva consolidación? Nó, nó mil veces: probado está por un reguero de sangre en que se han ahogado casi tres generaciones; por la destrucción de las mejor cimentadas fortunas; por el último abatimiento del espíritu nacional, por la esperanza y la fé que han abandonado todos los corazones, que los sistemas de gobierno hasta hoy tan infelizmente ensayados, serán, si se quiere de una excelencia suprema para países colocados en cierta altura, en que las mayores virtudes no sean una excepción, y en que el patriotismo venga á ser como la herencia forzosa de las almas vulgares. Más por lo que á nosotros toca, (y en ésto la Comisión apela al testimonio de todos los habitantes de la República, cualquiera que sea el color político á que pertenezcan), por lo que á nosotros toca, la luz de una evidente demostración acredita, que los hombres del poder jamás han logrado ejercerlo en pró de la sociedad, porque aún los que han tenido benéficas miras, han visto enervada su acción por la complicada máquina de las constituciones; que los amigos de éstas, no pudiendo dejar de confesar el mal, culpan á su vez á las personas de no haberse desarrollado en cincuenta años el grandioso sistema que ellas entrañan, y que lo seguro es que la repugnancia que existe entre esas formas, y la educación, costumbres y carácter del pueblo, han mantenido en perpetua guerra á los gobernantes con los gobernados, y á unos y á otros con las leyes fundamentales de la Nación.

En los padecimientos morales casi siempre el remedio brota de la misma intensidad del mal. El encono de las facciones había llegado á recrudecerse de tal suerte, y la exición de los espíritus era tan inconciliable y tan honda, que en los últimos tiempos, desesperando todos de las fuerzas propias, buscaban por instinto en las extrañas la salvación de la nave en el naufragio de todos los principios que conducen al orden y á la paz. El mundo sabe ya las tentativas hechas por el Gobierno de Juárez en Veracruz y posteriormente en México, para lograr un protectorado directo de los Estados Unidos que habría dado muerte á nuestra independencia, y con ella á nuestra religión; y ya no son hoy un misterio para nadie los esfuerzos hechos en Europa por los hombres más prominentes del partido conservador, á fin de lograr la intervención de aquellas potencias, á las cuales solo la ignorancia más supina puede suponerles miras interesadas de usurpación y de conquista. Los demagogos para realizar su pensamiento antinacional, estaban prontos á ceder á la República vecina acaso la parte más rica y más fértil de nuestro territorio; mientras que los que pedían el auxilio de Francia, Inglaterra y España, no lo hicieron sino salvando ante todas cosas la integridad é independencia de México. Juárez, mutilando el país en favor de la política anexionista de un Gobierno que bajo la capa

de fraternidad solo ha sido nuestro enmascarado verdugo, se lisongea, sin embargo, de simbolizar el tipo más perfecto del patriotismo; el resto de los mexicanos, es decir, la inmensa mayoría de los hombres de arraigo, y que representan los intereses legítimos de la sociedad, esos son, en su concepto, traidores á su patria, porque han implorado el poder de la Europa occidental, para que se pusiese un término á la deplorable anarquía que devoraba nuestras entrañas. ¡Tal ha sido en todos tiempos la lógica de las pasiones! Lo que sí puede asegurarse es que si la intervención ha llegado felizmente hasta el corazón de nuestra patria, no se debe ¡vive Dios! á los esfuerzos de los conservadores, sino á los salvajes desmanes de la facción de Juárez, que echando en olvido lo que exige de los Gobiernos el derecho de gentes, hirió en lo más delicado el decoro de las naciones amigas, que se resolvieron por fin á hacerse respetar por medio de la fuerza.

La necesidad, de una intervención era reconocida por todos como principio, y la popularidad de la que acaba de realizarse, merced á la incontrastable firmeza del magnánimo Emperador de los franceses, no había menester, si no es para el convencimiento de los ilusos, de las espléndidas ovaciones, de las demostraciones indecibles de júbilo de las grandes capitales, luego que se han visto libres del yugo de la demagogia: en cuanto á los hombres pensadores que pueden penetrar algo en el espíritu del pueblo, bien que reprimido por las violencias del despotismo, aquella popularidad no podía ser dudosa, y había sido pronosticada muy anticipadamente. Las armas de la Francia, atravesando el Atlántico, no han traído sus águilas triunfadoras á las distantes playas del continente de Colón, sino para decir á los mexicanos: "Libres de toda presión ejercida por facciones fratricidas, tiempo es de que constituyáis á vuestra patria como os plazca: consultad vuestros precedentes; llamad en vuestro auxilio á la experiencia; no recordéis vuestros antiguos padecimientos sino para investigar sus causas, estirparlas, pues, que para apoyaros, todo nuestro poder es con vosotros." La comisión no alcanza, ¿cómo insistiendo en los mismos errores, corresponderíamos á esta generosidad sin límites; cómo hundiéndonos en el mismo fango, y en la propia anarquía de que acabamos de salir, curaríamos los desastrosos efectos de nuestras antiguas aberraciones; cómo, en fin, volviendo á instituciones gastadas, en cuya eficacia no creen ni aún los impostores que las sostienen por su privado interés, á sistemas de que está hostigada la nación, y que le son aborrecibles, porque no pueden separarse del recuerdo de tantos crímenes y de tantas desventuras, no nos haríamos dignos de todos los anatemas del cielo, que nos ha arrastrado, como á pesar nuestro, á esta última y única coyuntura de labrar nuestra permanente felicidad?

Para lograrla no se nos exigen las profundas elucubraciones á que se elevan sólo las privilegiadas inteligencias, no necesitamos

las felices dotes exclusivas del genio, del talento y de una precoz civilización: nos basta, señores, abrir los ojos y ver: todavía, nos es suficiente sentir el peso de nuestros infortunios, y pues que no siempre nos hemos visto abrumados con ellos y hemos pasado por largas épocas de prosperidad y bienandanza, no tenemos menester más que de la facultad de comparar los tiempos, que por fortuna no ha sido negada ni á las capacidades más vulgares.

¿Habrá un sólo mexicano que no pueda marcar el año, el mes, el día y hasta la hora en que México, abandonando los goces con que le brindaban el bienestar y la abundancia, emprendió la vía de la decadencia en que ha marchado más de cincuenta años, y por cuya pendiente rápida se halla al fin de su viaje, en el fondo del más horrendo abismo? ¡Oh! no, los reveses nos han hecho más cuerdos y las preocupaciones que nos obligaron al principio á confundir la conquista inapreciable de la independencia con los infinitos desaciertos cometidos para obtenerla y para disfrutar sus inmensos beneficios, han llegado á disiparse, como se disipan las ilusiones de una vida licenciosa, como se aproximan las últimas agonías de la muerte.

¿Volveremos, pues, á nuestro gobierno de un día; al crónico despotismo de una tiranía permanente; á los desmanes de nuestros califas militares; á ser frios espectadores de la desmembración del resto de nuestro territorio; á la administración de justicia puesta en venduta pública; á los crímenes de un Ejército mandado por célebres facinerosos; á la proscripción de la religión y del culto católico; á los perpetuos amagos de la propiedad; á las extorsiones escandalosas así de los ricos como de los miserables, para henchir diariamente las arcas del erario siempre exhaustas; al derroche del tesoro público para improvisar escandalosas fortunas; á la paralización del comercio y de todos los giros que son la vida de los pueblos; al abatimiento profundo de las artes y profesiones; al imperio del puñal de los asesinos que recorren, con el triunfo de la impunidad, las grandes y las pequeñas vías de comunicación; al detestable sistema de la leva, que arranca del seno de las familias á los padres y del trabajo á millares de robustos brazos; al espectáculo de fértiles campiñas convertidas en lagos de sangre ó cubiertas de cadáveres insepultos; al horror de las prisiones y al suplicio de los cadalsos; al incendio de nuestras aldeas; á la ruina de nuestras bellas capitales; á la violación de nuestras mujeres y de nuestras hijas; en una palabra, al último extremo de la miseria y al insondable abismo de la inmoralidad y de la humillación?

¿Queremos reproducir este espantoso cuadro de delitos y de infortunio, de oprobio y de vilipendio, que excita á un mismo tiempo la indignación y la sensibilidad de cuantos los contemplan? Pues, señores, este abominable panorama que abre en los ojos una ancha vena de lágrimas y hiela la sangre en el corazón, es el panorama de la república en México, de la república en todas sus posibles

combinaciones, desde la que otorga mayor latitud al elemento popular en las localidades, hasta la que más vigoriza el poder público en un centro común de unidad; desde la en que se gobierna por las prescripciones, que debieran ser inmutables de una constitución, hasta aquella que las pone en entredicho y abandona al país á las eventualidades de una autoridad discrecional. Tratándose de estas formas y de estas instituciones ¿falta acaso por hacer algún ensayo? Si el efecto está en las personas ¿se cambiarán los hombres de hoy á mañana? Si la falta se encuentra en el sistema ¿dejará de ser de hoy á mañana, por una especie de encanto, lo que ha sido constantemente en cuarenta años respecto de la Nación?

No cerremos voluntariamente los ojos á la luz que sobre esta materia arroja casi medio siglo de dolorosos contratiempos, y sacudamos por fin el yugo de la preocupación funesta que sólo nos ha servido para consumir nuestro exterminio. Seamos francos y leales, pues que la patria apela á estas virtudes (que aún no abandonan por dicha á todos sus hijos) en esta solemne coyuntura, en que su vida ó muerte va á salir como una fatídica sentencia de nuestros labios. A quién tememos señores? ¿Qué es lo que puede sofocar en la garganta el grito de nuestra conciencia? ¿Cuál sería la influencia bastante poderosa para poner nuestros votos en contradicción con nuestras convicciones íntimas? Ninguna: ¡oh, con que placer lo repetimos! ninguna, absolutamente ninguna. La comisión, pues, con toda la entereza que produce la fe santa del deber, con todo el valor que infunden las risueñas esperanzas con que se alimenta el más puro y desinteresado patriotismo, va por fin á pronunciar la palabra mágica, el nombre de la institución maravillosa que en su concepto encierra todo un porvenir indeficiente de gloria, honor y prosperidad para México. Esta palabra, esta institución es la *Monarquía*..... Sí, la monarquía, esa combinación admirable de todas las condiciones que las sociedades necesitan para asentar el orden sobre bases indestructibles; en que la persona sagrada que se eleva á la altura del trono, no es en verdad el Estado, pero sí su personificación augusta; en que el rey más fuerte que todos, más poderoso que todos, superior á las maquinaciones de los anarquistas, de nadie necesita, á nadie teme, y así puede recompensar al mérito sin bajeza, como ser justiciero cerrando los oídos al espíritu de venganza. Sin temblar por las intrigas de los partidos, siempre más débiles y que se agitan inútilmente en su propia impotencia, se entrega exento de zozobras, á la realización de los planes más atrevidos de engrandecimiento nacional, los cuales lleva siempre á cumplido término, porque puede lo que quiere, y quiere la gloria de su pueblo, vinculada en la gloria de su nombre. Huye de la tiranía, porque está seguro de que sin ella serán obedecidos sus mandatos, y porque el despotismo es sólo el último recurso á que apela el poder, cuando presiente que se aproxima irremisiblemente su fin. Sistema asombroso, debe repetirse, que extrañando en su naturaleza todos

los principios, y todos los gérmenes del bien, aún las malas pasiones del monarca dejan intacto su esplendor, que queda como un faro de esperanza de que la tempestad será pasajera, y de que cambiando de piloto se restablecerán la calma y la tranquilidad; institución, en fin, cuyo influjo benéfico se hace sentir en los pueblos á pesar de la perversidad de los hombres, á diferencia de otras que ejercen su maligno poderío, no obstante las altas virtudes de los que gobiernan. Así es como se explica la magestuosa marcha de las monarquías, á través de una multitud de siglos, y de este modo es como con verdad puede decirse, que lo que sus enemigos llaman su decrepitud, no es más que la larga y gloriosa serie de avances que hacen los pueblos en la escala indefinida de la civilización y del adelantamiento. Así es como igualmente se descifra el portentoso problema que ofrece el imperio del Brasil, dichoso, próspero y pacífico en medio de ese fraccionamiento infinito de la América del Sur en microscópicas repúblicas, que hierven y se agitan todas en el fuego de la anarquía que las devora, y de la horrible discordia que las consume.

En vano la demagogia en sus invectivas envenenadas, apellida tiranos de las naciones á todos los reyes de la tierra, y gobiernos dignos de hombres libres á los que rigen las repúblicas democráticas.

Si la libertad consiste en el albedrío limitado por las prescripciones del deber; si la dignidad y decoro del ciudadano están fincados en la obediencia estricta de la ley y del profundo acatamiento á la autoridad; si las garantías sociales sólo existen allí, donde en vez de revoltosos y conspiradores, se mira una masa compacta de verdaderos patriotas, en cada uno de los cuales la tranquilidad y el orden cuentan con un celoso y vigilante centinela; venid, y decidnos vosotros, que habéis gastado vuestra vida entera en visitar las lejanas comarcas del antiguo mundo, haciendo un estudio filosófico de la particular fisonomía de aquellos pueblos felices, venid, y decidnos: ¿dónde, cómo en esas naciones, en cuyo centro se levantan tronos que no ha podido carcomer la inexorable guadaña de los tiempos, son los hombres más libres, más dichosos y más civilizados? Mientras que la corriente de unas cuantas generaciones ha venido á derribar el lema paradójico: *E pluribus unum*, que ostentan en su frente las federaciones modernas, la acción de las edades sólo sirve para cimentar más sólidamente las firmísimas bases de los tronos. Las condiciones de la servidumbre nunca pudieron ofrecer este brillante tipo de perpetuidad, á menos que sufriesen un trastorno profundo las leyes morales que rigen las inteligencias.

¡La libertad! La libertad, señores, no puede ser absoluta en los individuos, y esta utopía, constituido el estado de las sociedades, fuera preciso traducirla por la esclavitud ignominiosa de débiles. El dique robusto que pone límites á la libertad natural, y protege á los pueblos contra la venenosa influencia del libertinaje, se encuentra en la eficacia de las leyes, la cual á su vez reposa sobre la